

recibido, los pagaba concitándole sañudamente los enemigos de toda Europa. Inglaterra, Austria, España, Turquía, Rusia, todas las potencias se levantaban para aplastar al pueblo cuyo crimen era tener aliento para escribir la idea del derecho en las tablas de sus leyes, y entregar esa idea luminosa á la conciencia de la humanidad.

La coalicion europea le aconsejó que se entendiera con Mirabeau. Cuando se decidió á entenderse con él, ya era tarde. Un día del mes de Mayo subía á caballo el grande orador la cuesta que conduce á uno de los últimos jardines de Saint Cloud. Las áuras de la primavera, henchidas de aromas y de gorgoros de los ruiseñores, y de frescos vapores de los estanques y de las cascadas, acariciaban el rostro del grande orador, henchian su cansado pulmon, y renovaban la sangre de su corazon y las esperanzas de su alma. La reina esperaba en un kiosko al hombre extraordinario á cuyo acento mil veces habia sentido vacilar su trono. Mirabeau le pidió que fuese fiel aliada de la libertad, y él seria fiel aliado de la monarquía. La reina prometió lo que no queria cumplir. De aquella entrevista salió muerto el grande orador. La idea que llevaba en su mente, y que habia despertado una nueva sociedad, desapareció herida por el oro de la corte. A los pocos dias fué á buscar en el pecho su corazon de tribuno, y sintió que él mismo lo habia aplastado en Saint-Cloud, bajo su rodilla de cortesano. Entonces dejó caer su cabeza agotada sobre su despedazado pecho, y murió. Lo ahogó el contacto de la corte. La idea fija de María Antonietta era la fuga para volver con los ejércitos europeos y restaurar el absolutismo.

En su delirio reaccionario no sabia donde acogerse, y se acogió al clero. Al fin, la princesa Isabel, hermana del rey, que alimentaba con su soplo las pasiones del clero, tenia fé, tenia fanatismo. Pero la reina sostenia al clero, porque imaginaba que era una misma la suerte de la monarquía y la suerte de la

Iglesia. La religion en manos de esta mujer era meramente *instrumentum regni*. Pocos dias despues de acordada la constitucion civil del clero, comulgaba ceremoniosamente recibiendo la hostia de manos de un clérigo que no habia jurado fidelidad á la revolucion. Para ella el veto era una necesidad de la monarquía y su ejercicio debia reducirse á impedir toda reforma progresiva, como por ejemplo la venta de los bienes del clero. Tenia tambien su imprenta, y su imprenta católica donde cuatro religiosos sin religion usaban el estilo de Voltaire contra las revoluciones, confundiendo la fina ironía con las repugnantes bufonadas. Para mayor escarnio, su periódico se llamaba el Acta de los apóstoles. Y al mismo tiempo aconsejaba al rey que hablara contra los jacobinos el lenguaje de los jacobinos. Y se mostraba alegre al pueblo de París mientras preparaba su fuga al ejército del extranjero. Y escribia al emperador su hermano, que no se fiara de Calonne, y al conde de Artois, su cuñado, que Calonne era un grande hombre. Y por fin, arrastraba al rey á sublevarse contra la voluntad de la nacion; se iba disfrazando á su esposo de lacayo, y volvia entre las bayonetas y las maldiciones del pueblo. Un dia se nombró el ministerio girondino. Grave error en el rey nombrar ministros republicanos; grave falta en los republicanos aceptar el nombramiento de un rey. Pero desde el instante en que entró el ministerio republicano la reina se redujo á conspirar contra el ministerio republicano. Incitó á Lafayette y á Dumouriez contra Rolland. Vió con secreto placer la oposicion de los jacobinos. Y cuando llegó la hora oportuna, despidió al ministerio impidiendo que el rey firmara un decreto contra los clérigos facciosos. La confusion horrible que habia en su mente, la confusion de los intereses religiosos con los intereses de la monarquía perdió á la reina.

Si el 20 de Junio vió al pueblo entrar en las Tullerías y desacatar su autoridad é injuriar su nombre; si entre cadáveres, man-

chándose de sangre, el 10 de Agosto, se refugió en la Asamblea que odiaba; si cayó en dura prision donde trascurriesen los dias más siniestros y más amargos de su vida; si le arrancaron de los brazos á su esposo; si oyó el redoble fatal que acompañaba á éste al patíbulo; si tuvo largas horas de hambre, larguísimas noches de frio, meses de miseria; si la apartaron de sus hijos; si remendó con sus manos, acostumbres á sostener el cetro, las rasgadas vestiduras; si en el tribunal revolucionario la injuriaron de una manera horrible; si salió al cadalso á los treinta y ocho años de edad; cuando todavía la hermosura se reflejaba en aquel serenísimo rostro; si al subir, pisó al verdugo y tuvo que pedirle perdon; si rodó su cabeza al filo del hacha, su cabeza que nunca se habia querido humillar ante el pueblo; execrando todo cuanto haya en eso de execrable; maldiciendo lo que haya de inhumano, bajemos la frente ante la justicia de la historia, que muchas veces no concebimos, porque no la miramos en su conjunto; bajemos la frente ante esa justicia en que se guarda siempre una gran lección de la Providencia para los poderes ciegos y soberbios.

El sentir de los periódicos republicanos respecto á María Antonietta era contrastado por el disenter de los periódicos moderados que la presentaban como un modelo de esposas, de madres, de hijas, de reinas. Decian á una que si hubiera tenido su carácter el rey mártir, ni la revolucion se enseñoreara de Francia, ni las personas reales sintieran sobre su cuello la segur de la guillotina. Pero en estas discusiones apasionadas la Reina Isabel menospreciaba el lado literario, el lado histórico, y descubria que se estudiaba, aludiendo á ella, la vida de una Reina guillotizada, y que la revolucion, no solamente se atrevia á su trono, sino tambien á su persona. El ministerio Narvaez no habia podido reprimir estos ardidés de la publicidad, y la Reina pensaba que, desautorizado y perdido, tenia todos los inconvenientes del general

O'Donnell sin ninguna de sus ventajas. Mas para probar que su voluntad dominaba todas las voluntades, que sus deseos tomaban aspecto y vigor de mandamientos imperiosos, olvidó todas las cuestiones que habian herido al ministerio, su conjuracion contra la enseñanza, sus heridas á la Universidad, sus atentados á la independencia profesional, su noche triste del diez de Abril, su menosprecio á las prescripciones legales, su batida en las calles de Madrid, los asesinatos consumados y las heridas abiertas por su guardia pretoriana, todos los escándalos; y se fijó solamente en una cuestion palaciega, en el nombramiento para altísimo cargo de su corte, recaido en el Marqués de Ezpeleta, que formaba en las filas de la union liberal, y que pasó de su palacio nobiliario al palacio real para despedir indirectamente á Narvaez y á sus ministros.

El pensamiento de cambiar la situacion era ineficaz, dadas las circunstancias. Pero la dinastía de Borbon llevaba en España el mismo torcido camino que la dinastía de Borbon habia llevado en Francia. Las analogías eran sorprendentes. Una revolucion de 1830 se preparaba. El general O'Donnell no era más que el ministro Martignac, aquel ministro que dió un poco de respiro á la opinion, de suelta á la prensa, de esperanza á la libertad para caer en seguida y abrir paso al ministerio Polignac, destinado á destruir la monarquía histórica. Para que nada faltase á este paralelo, tambien aquí habia en el Duque de Montpensier un príncipe de la casa de Orleans, rico y comerciante como todos los suyos, conspirador y ambicioso como todos los suyos, enemigo de la primera rama y amigo del propio engrandecimiento como todos los suyos, que ingresó en la familia real con el sino de destronarla, como su padre y su abuelo habian destronado á la familia de Francia, y no paró ni un minuto hasta cumplir entre nosotros el ministerio histórico, que parece como vinculado en su nombre y en su sangre.

La historia es, considerada bajo su aspecto más vulgar, la experiencia de la humanidad. Interrogándola, podríamos llamar á este siglo, el siglo de la renovacion de los poderes públicos. Dentro de las antiguas formas de gobierno, cupo la agitacion religiosa del siglo décimo-sesto, la agitacion filosófica del siglo décimo-sétimo, y aun la agitacion regalista del siglo décimo-octavo; pero así que todas estas grandes agitaciones se condensaron en una que las contiene á todas, en la agitacion democrática, las antiguas formas de gobierno fueron estrechas y mezquinas para contener el océano de la nueva vida. Entonces nació el régimen constitucional. La revolucion se encontró cara á cara con los antiguos poderes, y luchó con ellos fuertemente. Do quier hubo una poderosa influencia en pugna con el sistema constitucional, fué vencida; do quier hubo un poder opuesto á la revolucion, una dinastía enemiga del progreso, sucumbió ese poder, cayó esa dinastía. Mirad, mirad, Nápoles, Toscana, Grecia, Inglaterra, Francia, miradlas, y vereis que ninguna de estas naciones ha consentido las dinastías enemigas de sus libertades, las dinastías que han avivado el espíritu reaccionario, esa negra sombra que hiela y oscurece á la moderna Europa. Es preciso, es indispensable, que los pueblos recuerden las escenas históricas en que se ve de un lado las dinastías, de otro las naciones. La historia es algo más que una mera narracion, es una viva enseñanza moral, es la conciencia del espíritu humano que se eleva sobre todos los poderes, y los juzga con inflexible justicia. La historia no calla nunca. Si el mundo se entrega á Domiciano, la historia se entrega á Tácito. Por esto ningun poder, ninguna fuerza ha podido jamás ahogar la voz severa de la historia, que es el espíritu humano, reconociéndose y juzgándose.

El grave mal de los Borbones en su segunda restauracion, fué no saber cosa alguna del espíritu de su siglo. Habian visto una revolu-

cion triunfante, una República colosal y agitada por el delirio del nuevo espíritu, la dictadura del génio sobre Europa atónita, y no alcanzaron que todos estos hechos, eran solamente la roja lava del volcan de ideas que entrañaba Europa; y si vieron las ideas, imaginaron que se podian apagar con agua bendita. Así Carlos X, el representante de la reaccion teocrática asentada en el trono, se rodeaba, además de sus ministros constitucionales, de una corte absolutista, que hacia sospechosa su política, y odioso su nombre. El arzobispo de Reims, el de París, dirigidos por el Nuncio de S. S, verdadero oráculo de la corte, capitaneaban á todos los aristócratas, á todos los absolutistas, que maldecian del régimen constitucional, y acariciaban la idea de una reaccion insensata. El pueblo que veia esto, aquel pueblo en cuyos labios vagaba la Marsellesa, que aterrára con sus viriles acordes á cien reyes, creia su rey instrumento de la corte romana, y su sistema constitucional, á tanta costa rescatado de la antigua tiranía, nido de los jesuitas.

Y estas creencias eran harto fundadas, si se atiende á los hechos de la corte. Habia pedido, y aun propuesto, una ley que castigaba con pena de muerte el sacrilegio, ley atentatoria á la tolerancia religiosa establecida en Francia, ley de esas que empiezan á mover las revoluciones. Durante su discusion, los partidarios del rey en las Cámaras, los que con él privaban, bendijeron el cadalso, santificaron el verdugo. Y como la reaccion no se detiene un punto, pidió y obtuvo indemnizaciones cuantiosísimas para pagar á los emigrados que habian vuelto sus armas contra Francia; pidió y obtuvo la restauracion de los conventos que habian caido á los golpes de las nuevas ideas. Estas victorias, y el silencio del pueblo que es paciente, porque es eterno, indujeron á la corte á nuevos alardes reaccionarios, á nuevos intentos de oprimir entre sus manos la conciencia, y detener la corriente de las ideas, mofándose á

un tiempo de la libertad que late en el seno del siglo, y de la Providencia que encamina hácia la libertad toda la historia.

En su ceguera, Carlos X prescindió de las ideas modernas, convocó la nobleza, fingió haber encontrado la sacra ampolla donde se guardaba el óleo de los reyes de derecho divino, y arrojó su corona constitucional á los piés de un arzobispo. Consecuente con esto, su corte parecia, como la corte de Carlos II, la reunion de todos los frailes batalladores, de todos los obispos intrigantes de Francia. Pasaba el tiempo, no en meditar las reformas propias de este siglo, sino en celebrar procesiones, donde iban los volterianos y los excépticos del ministerio y de la cámara, con velas en apariencia encendidas á los santos, y en realidad encendidas á su propio poder. Así el rumor público murmuraba de aquella reaccion que creia capaz de resucitar la política de Carlos IX, y evocar las matanzas de San Bartolomé. Mr. de Montlosier denunciaba, en interés de la religion y de la monarquía, estas conjuraciones teocráticas, á Francia indignada. «El partido sacerdotal, decia, es un partido invasor y ambicioso que, arrastrándose en las sombras, bajo las inspiraciones de los jesuitas, congregacion ilegal y anónima, penetra en la política, se atrae á los magistrados, subordina á su poder los ministros, distribuye todos los favores, vende á Roma las libertades tradicionales de la Iglesia galicana, prepara, en fin, por medio de sus sectarios, en todas las zonas del poder público la servidumbre de la monarquía, para conquistar al yugo de una compañía desconocida é intolerante, un pueblo, no religioso, sino degradado en las más viles supersticiones.»

Este partido no se contentaba con dirigir la política, queria tambien dirigir las ciencias, queria tambien borrar la filosofía de tres siglos, queria tambien volver las Universidades á la Edad Media. A este fin entregaba el pensamiento, al nacer en la conciencia, al

brotar en la pluma, entregaba el pensamiento á la censura que lo prostituía primero y despues lo aniquilaba. Esta reaccion en la esfera intelectual es la más odiosa á los pueblos modernos, porque es la más insensata. Cuando desde el siglo XII Europa viene con la voz de Abelardo, de Bacon, de Vives, de Hutten, de Descartes, protestando contra la servidumbre intelectual; restaurarla en pleno siglo XIX, en esta edad de la realizacion práctica y tangible de todas las ideas; restaurarla para acallar la conciencia, el pensamiento, es un delirio como el delirio de Calígula, que intentaba acallar con su voz la eterna voz del mar. Aquella dinastía teocrática quiso poner por límite á la razon humana sus propias preocupaciones, y creyó haber conseguido un triunfo cuando los catedráticos, estigmatizados como Michaud y Villmaine por los jesuitas, descendieron de sus cátedras, sin comprender que dejaban escrita la indeleble protesta de la razon libre contra la infame tiranía, protesta que se grabó en la conciencia y en la memoria del pueblo, más poderosa que todos los poderes, más fuerte que todos los gobiernos.

Y no habia esperanza para Francia, porque el heredero de la corona, aun inocente de las faltas de sus predecesores, ya era educado para repetir las. Mr. de Reviere y el obispo de Estrasburgo, maestros del príncipe heredero, revelaban bien claramente el doble aspecto militar y teocrático de la ciencia dinástica. Los enemigos de las libertades públicas, los que excomulgaban la prensa, los que tenian la tribuna por una barricada permanente, los adoradores del derecho divino, los militares cortesanos y los cortesanos mitrados, llenos de odio á la libertad, iban á sembrar en el tierno corazon que debia ser prenda del progreso de la vida, los principios odiosos de una civilizacion muerta, las ideas de un régimen destruido, declarando guerra á lo porvenir en nombre del mismo príncipe á quien la Providencia parecia ele-

gir para que lo dirigiera y lo iluminara. Error lamentable en verdad de aquella dinastía que maltrataba al pueblo, robándole con tales maestros, la última prenda de reconciliación posible, la esperanza de encontrar un príncipe liberal en el heredero del trono. «En tales manos, dice Mr. de Lamartine, en el capítulo segundo del tomo octavo de su Historia de la Restauración, en tales manos, parecía el heredero del trono como una prenda entregada por la monarquía al sacerdocio.» Y en verdad que en el siglo presente, aun se concibe por algún tiempo, efecto de la descomposición de una sociedad gastada, aun se concibe la dictadura personal de un rey; pero lo que no se concibe es la dictadura de una corporación, de un sacerdocio, que radicando en la conciencia, pretende ser eterna porque se apodera del espíritu.

Esta política de la dinastía francesa le captaba la enemistad de los poderes públicos, verdaderamente liberales, del mundo. Todos los pueblos libres se apartaban de ella con horror. De grado ó fuerza tuvo que reconocer en 1828 la emancipación de Santo Domingo. Así Canning, que aborrecía á la sazón á los Borbones de Francia, como Gladstone más tarde á los Borbones de Nápoles, pudo decir desde la tribuna inglesa: les entrego el viejo peso del absolutismo que los matará. Y las primeras costosas glorias de Africa, no bastaron á contrastar la inmensa popularidad de la dinastía. Esta impopularidad tenía causas muy conocidas; el pueblo no perdonaba á la dinastía el que hubiera desarmado la Milicia Nacional de París, el que creyera esta institución incompatible con su existencia.

Así, cuando la corte salía de gala, el pueblo de París iba con curiosidad á presenciar el espectáculo, y le anunciaba sus resentimientos con su amenazador silencio. Hasta un día en que la duquesa de Angulema, respetable por sus desgracias, fué al teatro de la Opera, no recordamos ahora si en París ó en Burdeos, el pueblo, según cuenta Luis

Blanc en su historia de los diez años, el pueblo, so pretexto de silbar á los actores, silbó á la más ilustre y más augusta de las princesas que personificaban la dinastía de los Borbones en Francia.

El rey echó de ver tarde, muy tarde, su impopularidad. En vano trató de remediarla; en vano proscribió los jesuitas; en vano redujo el número de los seminarios; en vano dió la libertad á la prensa. Esta concesión tardía volvióse en su daño: esta libertad ya concedida á última hora por el ministerio Martignac, le mordió la frente, le arrancó la corona. La libertad de la prensa saltó sobre los ministros, y fué á herir el corazón de los reyes. Francia creía que el origen de sus males no estaba ni en Villel, ni en Martignac; creía que el origen estaba más alto, en una dinastía soberbia, para la cual no guardaba enseñanza la historia, fuerza el tiempo, derecho el pueblo, poder las revoluciones. La imprenta, libre por algún tiempo bajo Martignac, expresó esta queja. Entonces se encontró Carlos X con una apariencia de legalidad en su favor; se encontró con que la imprenta se levantaba sobre su corona; con que la imprenta limaba los fundamentos de su trono; con que la imprenta desconocía su inviolabilidad; con que la imprenta le retaba á singular combate; con que la imprenta olvidaba los ministros responsables para herir su autoridad sagrada; y con las ordenanzas de Julio creyó aniquilar la imprenta, cuando en realidad tan solo aniquilaba su corona.

Herida así la institución principal de los tiempos modernos, por el ministerio de Polignac, sobreescitados los ánimos por las continuas imprudencias de la corte, llena la medida de los agravios, divorciada completamente la dinastía del espíritu popular, la revolución estalló, armóse el pueblo, luchó en las calles con las tropas reales, triunfó, y fué á sitiar á sus reyes, que de nuevo anduvieron errantes por los campos, y de nuevo abandonaron el suelo de la patria y la sombra del trono. Al lado mis-

mo de la antigua dinastía nació la nueva rama desprendida del tronco principal, que más tarde consumió también el fuego de las revoluciones; rama que se volvía contra el árbol; parientes que conspiraban contra sus parientes; sangre que se sublevaba contra su propia sangre. El rey depuso al ministro reaccionario Polignac. No bastó; subieron las olas revolucionarias. El rey revocó las ordenanzas contra la imprenta. No bastó. El rey nombró su ministro á Casimiro Perier. No bastó. El rey nombró lugar-teniente del reino al duque de Orleans. No bastó. El rey abdicó en su nieto. No bastó. Las olas de la revolución pasaron sobre la cabeza de la dinastía. Triste, abatido, rodeado de su familia, de la duquesa de Berri que aun soñaba con ser la tutora de un grande imperio, de la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI, que había visto tres veces en la desgracia su dinastía, y que llorosa juraba no haber aconsejado la reacción que de nuevo la hería; seguido solo de algunos guardias reales, tipo de la antigua fidelidad monárquica; oyendo el rebato de la revolución y las maldiciones del pueblo, Carlos X, se embarcó en Cherburgo; y al poner los pies en la nave que le conducía al destierro, levantó los ojos al cielo sombrío, y exclamó: triste suerte, en verdad, la suerte de mi raza!

Cuántas y cuán estrechas relaciones entre la dinastía de Borbon en Francia y la dinastía de Borbon en España. Allí, como aquí, el espíritu de retroceso; allí, como aquí, el culto á la teocracia; allí, como aquí, el odio á la libertad; allí, como aquí, la confabulación siniestra contra toda reforma; allí, como aquí, la complicidad con las reacciones europeas; allí, como aquí, el llamamiento á la revolución. Parecía que, al heredar la corona, habían heredado también la desgracia de toda su raza. Diríase que el destino antiguo los llevaba de la mano, como llevaba al infeliz Edipo de infortunio en infortunio, de puerta en puerta, desde el trono á la mendicidad. Todos ellos han sido heridos por la revolución,

y todos ellos se habían empeñado en luchar con la revolución. Todos ellos habían caído derribados en el polvo, y se levantaban audaces á continuar de nuevo su batalla sin tregua, como un loco mal curado que vuelve siempre á su anterior manía. Y en España era más enconada y más ciega la superstición de la familia borbónica. Aquí no tenía ni explicación ni excusa. El Borbon último que en el trono quedaba era el Borbon español. Todas sus gentes habían seguido igual camino, impulsadas por los mismos errores. Todas sus gentes se habían precipitado en el hondo abismo por luchar con la libertad en lucha tenaz, cuyo éxito era de antemano sabido. Así la prensa liberal hacía desfilar ante los ojos de la Reina las figuras de todos los reyes destronados en la era moderna, y las causas de su destronamiento. Parecía que leyendo aquella historia de lo pasado se adivinaba la historia de lo porvenir. Parecía que las fases políticas se suceden en la sociedad, como las estaciones en el planeta. Parecía que el destronamiento de la reina Isabel estaba decretado por un espíritu superior á la arbitraria voluntad de los individuos, por el espíritu de este nuestro siglo.

Y si no ¿por qué ostentaba los mismos antecedentes y caía en los mismos errores que su familia de Francia? Un día se celebraba en el Congreso español solemne sesión, en que el gran pensador Donoso Cortés pronunciaba su último discurso. Con voz entera, con acento profético, elevándose á las cimas de lo ideal, descubriendo desde allí los tiempos y la historia, anunció que el destino de la casa de Borbon era fomentar la revolución y morir á manos de la revolución. Y volviéndose á los ministros, añadió: ministros de Isabel II, libertad á vuestra Reina y á mi Reina del anatema que pesa sobre su raza.

Y en efecto, la casa de Borbon dió en el Edicto de Nantes carta de naturaleza á la tolerancia nacional; dió en la paz de Westphalia carta de naturaleza á la tolerancia inter-